

suele ser todo el que trata de reconciliar los partidos, y así, empezaban á separarse de su casa los hombres más encontrados.

Procuró ver á los individuos de las dos comisiones nombradas para responder al último mensaje del Directorio, algunos de los cuales eran constitucionales, como Thibaudeau, Emery, Simeón, Tronçon-Ducoudray y Portalis, pudiéndose por medio de ellos influir en la redacción de ambos informes, que eran de suma importancia por ser la respuesta al reto del Directorio. Madama Stael trabajó mucho por sí y valiéndose de sus amigos, pero sin fruto.

Los constitucionales anhelaban un acomodamiento, porque presentían el riesgo; mas ese acomodamiento exigía por su parte sacrificios que no era posible hacer. Si el Directorio hubiera andado desacertado ó tomado resoluciones criminales, se hubiera podido lograr la revocación de algunas providencias y hacer un tratado con recíprocas concesiones; pero exceptuando la relajada conducta particular de Barras, el Directorio se había conducido en general con tanto celo y amor á la Constitución como era de desear. No se le podía reconvenir de ningún acto arbitrario ni de usurpación de autoridad, pues que la administración de hacienda, tan acriminada, era el resultado forzoso de las circunstancias. La variación de los ministros, el movimiento de las tropas, las exposiciones de los ejércitos y el nombramiento de Augereau, eran los únicos hechos que pudieran citarse como presagio de siniestras intenciones; pero todas eran medidas que hizo el peligro indispensables, y era preciso que desapareciese totalmente el riesgo, devolviendo la mayoría al Directorio para exigir con derecho que éste renunciase á sus precauciones. Los constitucionales, por el contrario, habían apoyado á los recién elegidos en sus impugnaciones injustas ó indiscretas, y eran los únicos que debían arrepentirse. Nada, pues, podía exigirse del Directorio, pero sí de los constitucionales, lo cual imposibilitaba todo sacrificio y no daba lugar á reconciliación de ninguna especie.

Sin embargo, madama Stael procuró por sí y por medio de sus amigos dar á entender que el Directorio estaba resuelto á todo, que los constitucionales serían víctimas de su obstinación, y que la república fenecería con ellos. Se habló á Rewbell y á Larevelliere, y éste, que no se negaba á conferenciar, hizo una larga enumeración de los actos del Directorio, preguntando á cada uno de los actos que dónde estaba el crimen. Los interlocutores no respondían. Respecto á despedir á Augereau y revocar todas las providencias que indicaban una próxima resolución, no quisieron ceder Larevelliere y Rewbell; nada otorgaron, y en esta incontestable serenidad probaron que tenían oculto algún gran proyecto.

Insistieron mucho madama Stael y los que la ayudaban en su laudable aunque inútil empresa con los individuos de ambas comisiones, para lograr que no propusiesen medidas legislativas muy violentas, y especialmente para que, al responder á los cargos emitidos en el mensaje del Directorio, no se entregasen á recriminaciones peligrosas y ofensivas. Inútiles eran todos estos cuidados, porque ni un solo ejemplo hay de que un partido haya seguido jamás estos consejos.

En ambas comisiones había clichinos que, como es de suponer, deseaban las más rigurosas medidas. Que-

rían ante todo que el jurado criminal de París conociese en los atentados cometidos contra la seguridad del cuerpo legislativo, y exigir que saliesen todas las tropas del círculo constitucional; y pedían además que éste no perteneciese á ninguna división militar. Esta última resolución tenía por objeto el privar á Augereau del mando de París, y hacer por medio de un decreto lo que por vía de negociación no había podido conseguirse. Las dos comisiones adoptaron estas providencias; pero Thibaudeau y Tronçon-Ducoudray, encargados de presentar el informe, el uno en los Quinientos y el otro en los Ancianos, se negaron, con no menos cordura que firmeza, á hacer la última proposición. Renunciaron entonces á ella y se contentaron con las dos primeras. Tronçon-Ducoudray dió su informe el 3 fructidor (20 de agosto) y Thibaudeau el 4. Respondieron indirectamente á los cargos del Directorio, y Tronçon-Ducoudray, dirigiéndose á los Ancianos, les invitó á interponer su prudencia y dignidad entre la precipitación de los jóvenes legisladores de los Quinientos y la irritabilidad de los jefes del poder ejecutivo. Thibaudeau procuró justificar á los Consejos, probando que no habían querido atacar al gobierno ni calumniar á los ejércitos, y reprodujo la proposición de Dumolard relativa á Venecia. Aseguró que no se había querido culpar al héroe de Italia, pero sostuvo que sus innovaciones no serían estables hasta que mereciesen la sanción de ambos Consejos.

Las dos insignificantes medidas que se habían propuesto se adoptaron, y ningún efecto produjeron los dos informes tan largo tiempo esperados. Expresaban bien la impotencia á que se habían reducido los constitucionales por su ambigua situación entre la facción realista y el Directorio, no queriendo conspirar con la una ni otorgar concesiones al otro.

Mucho se quejaron los clichinos de lo insignificante de estos informes y declamaron contra la debilidad de los constitucionales. Los más entusiastas querían el combate, y especialmente los medios de trabarle, y preguntaban qué hacía el Directorio para organizar la guardia nacional; mas esto era cabalmente lo que el Directorio no quería hacer, hallándose resuelto á no tratar de tal cosa.

Todavía era más extraña la situación de Carnot que la del partido constitucional, porque se enemistó con los clichinos al ver su conducta, y era enteramente inútil á los constitucionales, no habiendo tomado parte en sus intentos de reconciliación porque sentía demasiado encono para transigir con sus compañeros. Hallábase solo, sin apoyo, en medio de un vacío y falto de todo objeto, porque no existía el que se propuso al principio llevado de su amor propio, y era ya imposible la nueva mayoría en que había soñado. Sin embargo, por un ridículo empeño en sostener los dictámenes de la oposición en el Directorio, pidió formalmente la organización de la guardia nacional. Iba á concluir su presidencia en el Directorio y aprovechó el tiempo que le quedaba para tratar del particular. Larevelliere se levantó entonces con entereza, y no habiendo tenido jamás ningún choque personal con él, trató de interpellarle por última vez, para en caso posible reconciliarle con sus colegas, y hablándole con firmeza y amabilidad, le dirigió algunas preguntas. «Carnot, le dijo, ¿nos has

oído jamás hacer ninguna proposición con el objeto de disminuir las atribuciones de los Consejos, aumentar las nuestras ni comprometer la Constitución de la república?—No, respondió Carnot algo confuso.—¿Nos has oído alguna vez, repuso Larevelliere, proponer en materia de hacienda, de guerra ó de diplomacia, alguna medida que no estuviese conforme con el interés público? Y en cuanto á lo que te es personal, ¿nos has oído jamás disminuir tu mérito ó negar tus servicios? ¿Puedes acusarnos de no haber tenido contigo consideraciones desde que te separaste de nosotros? ¿Se ha dejado de escuchar tu opinión cuando nos ha parecido útil y sinceramente propuesta? En cuanto á mí, añadió Larevelliere, aunque hayas pertenecido á la facción que me persiguió, lo mismo que á mi familia, ¿te he manifestado alguna vez el menor odio?—No.—Pues bien, añadió Larevelliere, ¿cómo puedes separarte de nosotros para unirte á una facción que te engaña, que quiere servirse de ti con el objeto de perder á la república, que quiere perderte á ti mismo después de utilizarte, y que te deshonrará al perderte? Larevelliere se valió de las expresiones más amistosas y convincentes para demostrar á Carnot el error y el peligro de su conducta. Hasta Rewbell y Barras ahogaron su odio: el primero por deber y el segundo por facilidad habláronle casi como amigos; pero las demostraciones amistosas no hacen más que irritar ciertos orgullosos. Carnot se mantuvo frío, y después de todos los discursos de sus colegas, renovó secamente su proposición de discutir sobre la organización de la guardia nacional. Los directores levantaron entonces la sesión, y retiráronse convencidos, como se llega á estarlo fácilmente en tales casos, de que su colega les hacía traición y estaba de acuerdo con los enemigos del gobierno.

Resolvióse dirigir el golpe de Estado contra él, Barthelemy y los principales individuos de los Consejos. He aquí el plan que se acordó definitivamente. Los tres directores creían siempre que los diputados de Clichy poseían el secreto de la conspiración; pero como no pudieron adquirir ni contra ellos ni contra Pichegrú ninguna nueva prueba que permitiese las vías judiciales, era preciso apelar á un golpe de Estado. En ambos Consejos contaban con una minoría resuelta, á la cual se agregarían todos los hombres indecisos á quienes irrita y aleja una energía á medias, pero que ceden y se ponen de parte de una resuelta entereza. Proponíanse mandar cerrar las salas donde se reunían los Ancianos y los Quinientos, señalar otro punto para las sesiones, llamar á todos los diputados con los cuales podía contarse, formar una lista que comprendiese los dos directores y ciento ochenta diputados de los más sospechosos, y proponer un destierro sin discusión judicial por la vía legislativa extraordinaria. No querían la muerte de ninguno, pero sí el alejamiento obligado de todos los hombres peligrosos. Muchos han creído que aquel golpe de Estado era ya inútil, porque intimidados los Consejos por la evidente resolución del Directorio, parecían ceder; pero esta impresión era pasajera. Para el que conoce la marcha de los partidos y su viva imaginación, claro está que los clichinos al ver que el Directorio no obraba se hubieran reanimado. Si se les contenía hasta una nueva elección, hubieran redoblado su ardimiento, y al llegar el tercer tercio, habrían des-

plegado una fogosidad irresistible. Entonces el Directorio no hubiese hallado ni aun la minoría convencional que se conservaba en los Consejos para apoyarle y para dar una especie de carácter de legalidad á las medidas extraordinarias de que quisiera valerse. Por último, sin tomar siquiera en consideración este resultado inevitable de una nueva elección, el Directorio estaba obligado, si no obraba, á ejecutar las leyes y reorganizar la guardia nacional, es decir, dar á la contrarrevolución el ejército de vendimiario, lo cual hubiera producido una espantosa guerra civil entre los guardias nacionales y las tropas de línea. Y en efecto, mientras que Pichegrú y algunos intrigantes no tuviesen por medios sino proposiciones en los Quinientos y algunos emigrados ó chuanes en París, sus proyectos eran poco de temer; pero apoyados por la guardia nacional, podían empeñar el combate y dar principio á la guerra civil.

En su consecuencia, Rewbell y Larevelliere acordaron que era preciso proceder sin tardanza, y no prolongar por más tiempo la incertidumbre: sólo Barras difería aún, inspirando inquietud á sus dos colegas. Temían siempre que se entendiera, ó con la facción realista, ó con el partido jacobino para promover un motín; vigilábanle con la mayor atención, y se esforzaban siempre por atraer al general Augereau, halagando su vanidad y procurando hacerle sensible á la estimación de los hombres honrados. Sin embargo, necesitábanse aún algunos preparativos, bien para ganar á los granaderos del cuerpo legislativo, bien para disponer las tropas, ó ya en fin, para adquirir fondos. Difirióse, pues, el proyecto por algunos días: no se quería pedir dinero al ministro Ramel á fin de no comprometerle, y esperábase el ofrecido por Bonaparte, que no llegaba.

Como ya hemos visto, Bonaparte había enviado á París á su ayudante de campo Lavalette, para que le tuviese al corriente de todas las intrigas. El aspecto de París había producido mal efecto en Lavalette, quien comunicó sus impresiones á Bonaparte. En los odios políticos se mezclaban tantos resentimientos personales, que cuando se ve de cerca el espectáculo de los partidos, inspira repugnancia, y hasta sucede con frecuencia que si nos dejamos preocupar por lo que hay de personal en las discordias políticas, podemos inclinarnos á creer que no existe nada generoso, sincero ni patriótico en los motivos que dividen á los hombres. Este era el efecto que podían producir las luchas de los tres directores Barras, Larevelliere y Rewbell contra Barthelemy y Carnot, de los convencionales contra los clichinos; era una refriega espantosa, en que el amor propio y el interés lastimado representaban á primera vista el principal móvil. Los militares residentes en París agregaban sus pretensiones á todas aquellas que ya estaban en lucha; y aunque irritados contra la facción de Clichy, no se inclinaban mucho en favor del Directorio. Hay costumbre de llegar á ser exigente y quisquilloso cuando se cree necesario: agrupados alrededor del ministro Scherer, los militares estaban dispuestos á quejarse, como si el gobierno no hubiese hecho bastante por ellos. Kléber, el más noble, pero el más intratable de los caracteres, y á quien se ha retratado muy bien al decir que no quería ser el primero ni el segundo, había dicho al Directorio en su lenguaje original:

*Tiraré contra vuestros enemigos si os atacan, pero al hacerles frente, os volveré la espalda.* Lefebvre, Bernadotte y todos los demás se expresaban del mismo modo. Confundido en aquel caos, Mr. de Lavalette escribió á Bonaparte de modo que le indujera á conservarse independiente; y desde entonces, satisfecho el general de haber dado el impulso, no quiso comprometerse más, y resolvió esperar el resultado, sin volver á escribir. El Directorio se dirigió entonces al valeroso Hoche, quien teniendo sólo el derecho de estar descontento, remitió cincuenta mil francos, los cuales constituían la mayor parte del dote de su esposa.

Eran los primeros días de fructidor, y Larevelliere acababa de reemplazar á Carnot en la presidencia del Directorio, hallándose encargado de recibir al presidente de la república Cisalpina Visconti y al general Bernadotte, que llevaba algunas banderas no remitidas aún al Directorio por el ejército de Italia. Resolvió declararse del modo más atrevido y obligar así á Barras á decidirse. Pronunció dos terribles discursos en que respondía sin designarlos á los dos informes de Thibaudeau y de Tronçon-Ducoudray. Al hablar de Venecia y de los pueblos italianos libertados recientemente, Thibaudeau había dicho que no se fijaría su suerte hasta que se hubiera consultado al cuerpo legislativo de Francia. Haciendo alusión á estas palabras, Larevelliere dijo á Visconti que los pueblos italianos habían querido la libertad, que les asistía el derecho de proclamarla y que para esto no necesitaban el consentimiento de nadie. «Esa libertad, dijo, que se desea arrebataros á vosotros y á nosotros, la defenderemos juntos y sabremos conservarla.»

El tono amenazador de estos dos discursos no dejaba duda alguna sobre las disposiciones del Directorio: hombres que hablaban de aquel modo debían tener sus fuerzas ya preparadas. Era el 10 fructidor: los clichinos estaban sumamente alarmados, y en su furor, volvieron á tratar del proyecto de acusación contra el Directorio. Los constitucionales temían este proyecto, comprendiendo que así tendría el Directorio motivo para romper, y declararon que á su vez iban á buscar la prueba de la traición de ciertos diputados para pedir su acusación. Esta amenaza contuvo á los clichinos, impidiendo que se redactase un acta de acusación contra los cinco directores.

Desde hacía mucho tiempo, los clichinos habían querido agregar á la comisión de los inspectores á Pichegrú y Villot, á quienes se consideraba como los dos generales del partido; pero como esta agregación de dos nuevos individuos haría ascender el número á siete, era contraria al reglamento. Esperóse, pues, á que se renovara la comisión, lo cual se hacía á principio de cada mes, y se introdujo á Pichegrú, Vaublanc, Delarue, Thibaudeau y Emery. La comisión de los inspectores estaba encargada de la policía del local; daba órdenes á los granaderos del cuerpo legislativo, y era en cierto modo el poder ejecutivo de los Consejos. Los Ancianos tenían una comisión semejante, que se había reunido con la de los Quinientos, y ambas velaban á la vez por la seguridad común. Muchos diputados asistían sin tener derecho á tomar asiento, con lo cual se formó un nuevo club de Clichy, donde se hacían las proposiciones más violentas é inútiles. Por lo pronto se pro-

puso organizar una policía, á fin de estar al corriente de los proyectos del Directorio, y se puso al frente de ella á un tal Dossonville. Como se carecía de fondos, cada cual contribuyó por su parte; pero sólo se reunió una escasa suma. Atendido su capital, Pichegrú hubiera podido contribuir con una gran parte; mas no parece que empleó en tal circunstancia los fondos recibidos de Wickam. Estos agentes de policía andaban por todas partes recogiendo noticias falsas, y volvían después á infundir la alarma en las comisiones.

No se pasaba día sin que dijese: «Hoy, esta misma noche será cuando el Directorio mandará prender á doscientos diputados para que los asesinen en los arrabales.» Con tales rumores cundía la alarma en las comisiones, y de esta alarma originábanse las proposiciones más imprudentes. El Directorio recibía por sus espías un informe exagerado de todas ellas, concibiendo á su vez los más grandes temores. Decíase entonces en los salones del Directorio que era tiempo de herir, antes que otros se anticiparan; y hacíanse amenazas, que repetidas después, atemorizaban á los clichinos.

Aislados en medio de los dos partidos, los constitucionales comprendían cada día más sus faltas y sus peligros, y agitábanles los más grandes temores. Carnot, más aislado aún que ellos, indispuesto con los clichinos, aborrecido por los patriotas, sospechoso hasta para los republicanos moderados, calumniado y desconocido, recibía diariamente los más siniestros avisos, diciéndole que iba á ser asesinado por orden de sus colegas. Barthelemy, á quien se amenazaba y advertía del mismo modo, estaba poseído de espanto.

Verdad es que iguales avisos se daban á todo el mundo. Larevelliere sabía, á no dudarlo, que había varios chuanes para asesinarle; porque viendo que él era el más enérgico de los tres individuos de la mayoría, querían privarla de él para disolverla. No hay la menor duda de que su muerte lo hubiera cambiado todo, porque el nuevo director, nombrado por los Consejos, se hubiera adherido al voto de Carnot y Barthelemy. La utilidad del crimen y las circunstancias que sabía Larevelliere debían obligarle á estar en guardia; pero lejos de inquietarse, continuó sus paseos vespertinos por el jardín de Plantas. Hízose que le insultara Malo, el jefe de escuadrón del 21.º de dragones, que había acuchillado á los jacobinos en el campamento de Grenelle y que denunció después á Brottier y sus cómplices. Malo era hechura de Carnot y de Cochón, y sin quererlo había inspirado á los clichinos esperanzas que le hicieron sospechoso. Destituído por el Directorio, atribuyó su destitución á Larevelliere, y fué al Luxemburgo para amenazarle; pero el intrépido magistrado, sin atemorizarse por la presencia de un oficial de caballería, y cogiéndole por los hombros, le echó fuera de su casa.

Rewbell, aunque muy afecto á la causa común, era más violento, aunque menos tenaz. Habían ido á decirle que Barras trataba con un enviado del pretendiente, y que estaba dispuesto á vender la república. Las relaciones de Barras con los partidos podían inspirar todo género de temores.

—Estamos perdidos, dijo Rewbell; Barras nos vende; vamos á morir asesinados, y sólo nos resta huir, porque no podemos salvar ya la república.

Larevelliere, más tranquilo, contestó á Rewbell que,

lejos de ceder, era preciso ir á ver á Barras para hablarle con energía, obligarle á explicarse é imponerle con una gran firmeza. En efecto, fueron los dos á casa de Barras, le interrogaron con autoridad, y preguntáronle por qué difería. Barras, ocupado en prepararlo todo con Augereau, pidió tres ó cuatro días, prometiendo no diferir más. Era el 13 ó 14 fructidor: Rewbell consintió en esperar. Barras y Augereau lo habían preparado todo para la ejecución del golpe de Estado que se proyectaba hacía tanto tiempo. Las tropas de Hoche estaban situadas alrededor del límite constitucional, dispuestas á franquearle y á trasladarse en pocas horas á París. Habíase ganado á una gran parte de los granaderos del cuerpo legislativo, sirviéndose del segundo comandante, Blanchard, y de otros varios oficiales afectos al Directorio, asegurando así un gran número de amigos en las filas de los granaderos para evitar un combate. El comandante en jefe, Ramel, se conservaba fiel á los Consejos, á causa de sus relaciones con Cochón y Carnot, pero su influencia era poco temible. Para mayor precaución se había dispuesto que las tropas de la guarnición de París y hasta los granaderos del cuerpo legislativo hicieran grandes ejercicios. Aquellos movimientos de tropas y estrépito de armas eran un medio para que no se conociera cuál iba á ser el verdadero día de la ejecución.

Diariamente se esperaba el acontecimiento: leyóse primero que sería el 15 fructidor, y después el 16; pero esta última fecha correspondía al 2 de septiembre, y el Directorio no habría elegido aquel día de terrible memoria. Sin embargo, el espanto de los clichinos era muy grande: la policía de los inspectores, engañada por falsos indicios, les aseguró que el acontecimiento estaba fijado para la noche misma del 15 al 16; y habiéndose reunido tumultuosamente en la sala de las dos comisiones, Rovere, el fogoso orador, uno de los individuos de la comisión de los Ancianos, leyó un informe de policía, según el cual iban á ser detenidos aquella noche doscientos diputados. Otros iban entretanto corriendo á anunciar que las barreras estaban cerradas; que cuatro columnas de tropas entraban en París, y que el comité que dirigía estaba reunido en el Directorio. Decían también que la casa del ministro de policía estaba iluminada. El tumulto llegó á su colmo: los individuos de las dos comisiones, que no debían ser sino diez, ascendían al número de cincuenta, y quejábanse de no poder deliberar. Por último, envióse á unos á las barreras y á otros á las oficinas de policía para tomar informe de los agentes, y se reconoció que en todas partes reinaba la mayor tranquilidad. Declaróse entonces que los agentes de policía no podrían ser pagados al día siguiente por falta de fondos; y cada cual vació sus bolsillos para facilitar la suma necesaria, con lo cual se retiraron todos. Los clichinos rodearon á Pichegrú para inducirle á obrar; querían por lo pronto que los Consejos se declarasen en permanencia, reunir después á los emigrados y chuanes que se hallaban en París, agregar algunos jóvenes y marchar contra el Directorio á fin de apoderarse de los tres directores. Pichegrú declaró que todos aquellos proyectos eran ridículos é irrealizables, repitiendo que no había nada que hacer. Los más aturdidos resolvieron, sin embargo, conseguir que al día siguiente se declarase la permanencia.

El Directorio fué advertido por medio de su policía de la inquietud de los clichinos y de sus desesperados proyectos. Barras, que tenía en su mano todos los medios de ejecución, resolvió ponerlos en práctica aquella misma noche. Todo estaba dispuesto para que las tropas pudiesen pasar en pocas horas el círculo constitucional, y entretanto bastaba con la guarnición de París. Ordenóse para el siguiente día un gran ejercicio con el fin de tener algún pretexto, aunque nadie sabía el momento, ni los ministros, ni los directores Rewbell y Larevelliere; de suerte que todo el mundo ignoraba lo que iba á acontecer. Pasóse todo el 17 (3 septiembre) con bastante tranquilidad, y ninguna proposición se presentó en los Consejos. Ausentábanse muchos diputados para librarse de la catástrofe que con tanta imprudencia habían provocado, y se verificó como siempre la sesión del Directorio. Se hallaban presentes los cinco directores, cuando á las cuatro de la tarde llamó Barras aparte á Rewbell y Larevelliere, y les dijo que era necesario dar el golpe aquella misma noche para anticiparse á sus enemigos. Les había pedido cuatro días más, pero se adelantaba el plazo para que no le sorprendiesen. Los tres directores pasaron entonces á casa de Rewbell, donde se fijaron, y convinieron en llamar á todos los ministros y encerrarse con ellos hasta que se hubiese verificado el acontecimiento, no dejando salir á persona alguna. No debían comunicarse con los de fuera, sino por medio de Augereau y sus edecanes. Acordado este proyecto, se citaron los ministros para el anochecer; y reunidos con los tres directores, empezaron á expedir las órdenes y proclamas necesarias. El proyecto era rodear el palacio del cuerpo legislativo, relevar á los granaderos de los puntos que ocupaban, disolver las comisiones de los inspectores, cerrar los salones de ambos Consejos, fijar otro punto de reunión, citar á él á los diputados de confianza, y hacerles dar una ley contra aquellos que tratábase de expulsar. Se creía con fundamento que los enemigos del Directorio no se atreverían á acudir al nuevo punto de reunión, y por consiguiente se extendieron varias proclamas anunciando que se había formado una gran conspiración contra la república; que sus principales autores eran individuos de las dos comisiones de inspectores, y que de ambas debían salir los conjurados; que para prevenir su atentado, mandaba el Directorio cerrar los salones del cuerpo legislativo, y designaba otro local para que se reuniesen los diputados fieles á la república. Los Quinientos debían reunirse en el teatro del Odeón, y los Ancianos en el anfiteatro de la Escuela de Medicina. A estas proclamas iba adjunta una narración de la conspiración, apoyada en la declaración de Duyerne de Presle y del documento hallado en la cartera de Entraigues. Imprimióse todo inmediatamente, y debió fijarse por la noche en las esquinas de París. Los ministros y los tres directores quedaron encerrados en casa de Rewbell, y Augereau salió con sus edecanes para ejecutar el proyecto convenido. Retirados Carnot y Barthelemy en sus habitaciones del Luxemburgo, ignoraban lo que se preparaba. Los clichinos, cada vez más inquietos, se agolparon en el salón de las comisiones; pero Barthelemy, engañado, envió á decir que no sucedería nada aquella noche. Pichegrú por su parte acababa de hablar con Scherer, y aseguró que no había pre-